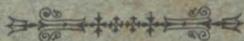


72 (Cab. Martí)

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
BIBLIOTECA
C^a4
Foll.14

Don Juan Cabrera Martín



BOSQUEJO BIOGRÁFICO

— POR —

Pedro J. de las Casas Pestana



SANTA CRUZ DE LA PALMA

Imprenta Diario de Avisos

Placeta de Borrero, 1

1916

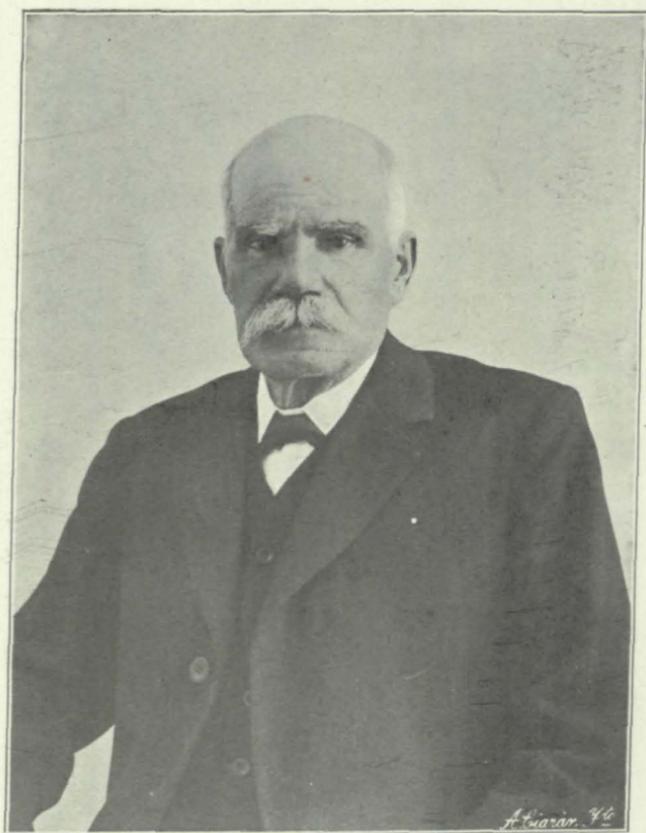
1780
1780

Dedicatoria

A los señores hijos de Don Juan
Cabrerá Martín.

Su asmo. amigo

El Autor.





Don Juan Cabrera Martín



I

El hombre que honradamente ha sabido conquistar un puesto envidiable en la sociedad; el que batallando con la fortuna ha logrado vencerla y como el dios de la Mitología la ha hecho esclava de su poder; el que por su trabajo constante, por su admirable asiduidad, por su perenne labor, ha conseguido llegar, desde modestísima cuna, hasta los primeros puestos sociales, merece respeto, veneración y que la Humanidad le consagre un recuerdo cariñoso que sea como la síntesis de su admiración; porque esos hombres van trazando con su laboriosa estela la senda que deben seguir los demás, aquellos que teniendo voluntad inquebrantable, poderosa decisión, saben arrollar las impetuosidades de la juventud, dominar sus pasiones y buscar en el trabajo la sola aspiración de sus nobles ideales, de sus legítimas ilusiones, de sus plausibles, de sus grandes y santos deseos.

Don Juan Cabrera Martín fué uno de esos hombres. Por eso el sentimiento popular al saberse la inesperada noticia de su muerte fué general, unánime. Era un luchador, un constante obrero, un comerciante adornado de excepcionales condiciones el que la muerte cautelosamente, traidoramente, arrebatara para hundirlo por siempre en ese inmenso abismo, en ese arcano

de los arcanos, en ese enigma, condensación de todos los demás, que se llama tumba.

Con él murió algo más que el hombre diligente, que el hombre sincero, que el trabajador incansable y prestigioso; murió el filántropo que iba por las calles ocultamente sembrando el bien, halagando y socorriendo a la inocencia desvalida, y ¿porqué no decirlo? hasta el perro vagabundo, hasta el animal hambriento, encontraba en él socorro y protección.

La Caridad, esa virtud emanación del Cielo, ángel que hiende los espacios siderales para venir sonriente, hermoso, sublime a llevar el consuelo a la triste cama del pobre enfermo, a la modesta casa del pordiosero, al hogar humilde del desgraciado, encontró en el señor Cabrera Martín un fiel intérprete, un observador incorruptible de las máximas sacrosantas que esa superior virtud prescribe.

Por eso el pobre le llora, el obrero le recuerda y el menestral no olvida la memoria del que no supo jamás ser superior; sino que fué siempre para ellos un consecuente amigo, un protector incansable que les guiaba, que les señalaba los escollos con que habían de tropezar en los rudos embates de la vida y los medios que debían poner en práctica para salvarlos.

Esto, y más que esto, fué Don Juan Cabrera Martín.

II

En los hermosos días primaverales, en esos días en que parece que el cielo y la tierra palmera se funden ébrios de vida en un estrecho abrazo, para producir la luz, la alegría que se advierte entonces en nuestras hermosas campiñas, en nuestros bosques amenos y en nuestros risueños poblados; veíase constantemente, en las primeras horas de la mañana, muy cerca de nuestro puerto, un anciano respetable, que familiarmente hablaba con todo el mundo y que con la misma amabilidad saludaba al marino que acababa de dejar en la

playa su pequeña embarcación, que al rústico obrero que interrumpía momentáneamente su emprendida labor, que al opulento aristócrata que regresaba de su matinal paseo. A todos sonreía y todos con cariño y veneración le saludaban.

Ese anciano era Don Juan Cabrera Martín, jefe de la primera casa comercial de la isla de la Palma y banquero de reconocida reputación mundial.

III

Don Juan Cabrera Martín nació en Santa Cruz de la Palma el día 24 de Junio de 1838, siendo sus padres Don Buenaventura Cabrera González y doña Catalina Martín Rodríguez.

De modesta posición, honrados y trabajadores, imprimieron en el corazón de su hijo los nobles hábitos del trabajo, las rigurosas máximas de la moral más pura y el santo amor a la Religión; amor heredado de sus mayores y conservado después con verdadero cariño por aquel niño que había de ser con el transcurso del tiempo, el constante sostenedor de su cariñosa madre y el benefactor incansable de todos sus hermanos.

IV

Allá por los años de 1847, Don Buenaventura Cabrera González poseía algunos pequeños buques que dedicaba a la pesca en la vecina costa de Africa. Esta industria era por aquella época muy lucrativa y a la que destinaban la mayoría de sus embarcaciones, no sólo los navieros palmeros, sino también todos los demás de las islas Canarias.

Pero no reportándole al Sr. Cabrera González esta navegación lo que sus honradas aspiraciones apetecían, determinó enagenar sus pequeños buques y cargando de cebolla la goleta *Africana*, que le pertenecía y había sido construída en los afamados astilleros palmeros,

marchó a América, como otros muchos compatriotas que allí van impulsados por el amor al trabajo y llevados por el legítimo deseo de adquirir una posición social y una fortuna que su patria natal no puede proporcionarles.

A Cuba, la Perla de las Antillas, la reina del mar Caribe, la isla hermosa que el inmortal Genovés descubriera guiado por su genio y protegido también por otro genio llamado Isabel la Católica, arribó el modesto palmero de que incidentalmente nos ocupamos.

No debió mostrársele en los primeros años desdeñosa la fortuna al Sr. Cabrera González, cuando, al poco tiempo de hallarse en Cuba, mandó a llamar a su hijo Juan, que sólo contaba 10 años, con el fin de que le acompañase y auxiliase en las marítimas operaciones a que se hallaba dedicado.

A los pocos años de haber llegado, obedeciendo al mandato de su padre, D. Juan Cabrera Martín a la Habana, falleció el autor de sus días. El sentimiento que le produjo aquella muerte fué intenso, lloró la inesperada pérdida, siempre y en todas ocasiones sensible; pero al legítimo sentimiento se impuso otro imperativo deber. Pensó en su madre, desgraciada viuda sin recursos pecuniarios con que atender al sostenimiento de sus pequeños hermanos; pensó en que él debía sustituir dentro de su materno hogar a su finado padre y persuadido de ello, sobreponiéndose al duro golpe sufrido y trasformándose moralmente, más que físicamente, de niño en hombre, se hizo completo cargo de la aflictiva situación de su casa y buscó con afán el empleo que le había de producir lo suficiente para que los seres queridos de su corazón, que se hallaban en la Palma, no carecieran de los elementos más precisos que la vida necesita.

En el velero *San José*, que hacía viaje entre los puertos de la hoy República Cubana, fué admitido como Ayudante de cocina el joven Cabrera Martín. Nosotros le oímos referir la emoción que le produjo el ser

admitido en este humilde destino. Era un sueldo modesto, su trabajo mucho; pero representaba para él, en aquellos momentos, el bienestar de su familia, la sagrada tranquilidad de su hogar doméstico, nunca olvidado y siempre con más anhelo querido.

En esa penosa ocupación, sin cejar un solo instante, creciendo su amor al trabajo a medida que aumentaba su edad, vivió el Sr. Cabrera Martín algunos años. Naturaleza fuerte, voluntad inquebrantable, trabajaba y trabajaba constantemente convencido de que al fin el trabajo le había de proporcionar la base de la fortuna que después sus aptitudes comerciales había grandemente de acrecentar.

En la pequeña goleta *San José* y en las tripulaciones de los demás buques que poseía el rico propietario Don Nicolás Martínez Valdivieso, era conocido y apreciado por su honradez y laboriosidad el *marino isleño*, haciéndose distinguir por estas mismas condiciones, y no obstante su modestia, de sus inmediatos superiores y hasta del jefe de la casa, Sr. Martínez Valdivieso.

Un hecho, que por este tiempo tuvo lugar, demuestra elocuentemente, el elevado concepto que de nuestro biografiado tenía su principal.

Construía, por entonces, en los astilleros de Cuba una nueva goleta para Don Nicolás Martínez Valdivieso, de mucho mayor tonelaje que las que había hasta esa época poseído.

El mando de este nuevo buque era apetecido por muchos de los expertos marinos de su flota; y, para conseguirlo, algunos de ellos se valieron de personas que influyeran para ese objeto con el Sr. Martínez Valdivieso, entre esas personas encontrábase Don Romaldo Martínez, comandante de la fragata de guerra *Esperanza*, actualmente de estación en aquel apostadero que se hallaba interesado por inteligente marino peninsular.

A las reiteradas preguntas que esas y otras personas hacían al Sr. Valdivieso para saber quien manda-

ría el nuevo velero, contestaba: "Ya lo sabrán cuando esté en el agua" y en efecto, únicamente entonces supieron sus marinos que el designado para ello era el laborioso *isleño*, que había ingresado entre los marinos de su numerosa flota, con el modestísimo cargo de ayudante de cocina de su buque *San José*.

El mismo Don Juan Cabrera Martín, con su modestia peculiar, con su característica naturalidad, reseñaba este episodio de su vida. Oigámosle:

"A todos los requerimientos que para saber quien mandaría el nuevo buque, se le hicieron a D. Nicolás, solo contestaba: "Ya lo sabrán cuando esté en el agua." Un día fui llamado con urgencia por él. Obedecí la orden y cuando estaba en su presencia me dijo: "Juanillo —así me llamaba—tú eres el designado para mandar la *Castilla*, éste era el nombre de la nueva goleta, al oír estas palabras me quedé turbado y tuvo necesidad de interrogarme pidiéndome explicación de mi silencio. Venciendo, al fin, aquel estado que la noticia me produjo, contesté:

"Yo, Don Nicolás, no tengo ni edad. (1) ni experiencia para encargarme del mando de su buque. Usted tiene marinos expertos en quienes depositar mejor su confianza y éstos al aceptar yo, quedarían postergados y me harían blanco de sus intrigas.

Nada, replicó Don Nicolás, quedas nombrado patrón de la *Castilla* y a trabajar."

Y trabajó tanto y supo captarse con su honradez la amistad de la familia de su principal, que después de los viajes que la *Castilla* realizaba en la estación de la *safra*, época muerta, como decían allí, iba, accediendo a sus reiteradas instancias, a pasar familiarmente con ellos en la quinta de *Madrugá*, largas y para él inolvidables temporadas.

V

El espíritu industrial y comercial del Sr. Cabrera

(1) Contaba entonces 17 años.

Martín se iba paulatinamente revelando. A los pocos años de mandar la goleta *Castilla*, y después que ésta había rendido su último viaje de conducción de azúcar, se la arrendaba a su dueño realizando entonces expediciones comerciales a la *Teja* y otros puertos, y transportando en otras ocasiones los materiales necesarios, que para el tendido de los ferrocarriles que empezaban a establecerse en Cuba, eran precisos.

Producíale este tráfico comercial importantes utilidades, que fueron el principal origen de su más tarde cuantiosa fortuna, sin que desatendiera, por conservar estas utilidades, las atenciones, siempre para él sagradas, de su madre y familia, las que sobreponía a todas las demás incluso a las suyas mismas. En tanto, las simpatías del joven palmero para con la respetable familia de su principal aumentaban grandemente. Cierta día en que el Sr. Cabrera Martín lo iba a visitar le encontró en el portal de su casa de muy mal aspecto y extrañándole ese estado le preguntó la causa. Este le manifestó que el *Asturiano*, uno de los célebres jefes de las muchas partidas, que han *merodeado* en los hermosos campos de Cuba, acababa de salir de su despacho adonde había ido con el propósito de que le diera una determinada cantidad y que él, lejos de acceder a esa imposición, había salido infructuosamente para dar parte a la policía de tan atrevido hecho.

La legítima negativa del Sr. Valdivieso tuvo por consecuencia que la partida que mandaba el *Asturiano*, incendiáran frecuentemente los cañaverales de los ingenios que éste poseía, sin que para evitar este mal fuera suficiente la autoridad, ni los muchos guardias que para ello había establecido el rico propietario.

El mal crecía a medida que el tiempo pasaba. Ahora, después, más tarde, los cañas de azúcar eran incendiadas. Se acusaba de ello al *Asturiano*, pero su personalidad no era apresada; e impugnemente, y con insignificante disfraz, el malhechor se paseaba por las mismas calles de la capital cubana.

Con verdadero interés buscaba el Sr. Cabrera Martín al terrible jefe de esa partida. Impelíale a ello su gratitud, que le impulsaba, que le prescribía, que en forma imperativa le mandaba velar por los intereses legítimos de su generoso protector. Ya iba perdiendo la esperanza de encontrarlo cuando la casualidad vino en su auxilio.

Regresaba nuestro biografiado en un pequeño vapor de un viaje a la *Teja*. Apenas el buque se había apartado del puerto cuando los demás pasajeros, partidarios al parecer del *tapete verde*, rodearon la mesa del juego. Uno de ellos fué tanto lo que perdió que al rendir el viaje y querer saltar a tierra, tuvo que recurrir a él, aún siéndole desconocido, para que le facilitara 40 pesetas con el fin de sufragar por completo las deudas que en el juego había contraído. El Sr. Cabrera Martín accedió en el acto a la petición y entregó al recurrente la cantidad pedida. Este queriendo saber el nombre de su favorecedor, se lo preguntó y él al dárselo le añadió que mandaba la goleta *Castilla*.

A los pocos días, a bordo del referido buque, el desconocido obligaba al Sr. Cabrera a recibir el préstamo hecho. Y le obligó, diciéndole estas palabras que se hace necesario consignar, por que son la explicación de la actitud que más tarde el incógnito deudor ha de tomar: "Si V., dijo aquel hombre, hubiera titubeado al hacerle la petición esa cantidad no hubiera sido devuelta; pero en correspondencia de su generosidad, el *Asturiano* se ve obligado a exigirle que la reciba."

La conferencia que después medió entre ambos dió por resultado el cesar los incendios que en los ingenios del Sr. Valdivieso se estaban sucediendo y que tanto preocupaban al laborioso palmero por los grandes perjuicios que para los intereses de su principal esto traía consigo.

El Sr. Valdivieso no tuvo por el momento conocimiento del hecho. Cesaron de producirse los incendios y buscando la causa de ello un marino de los que na-

vegaban en la *Castilla*, que había oído la conversación sostenida a bordo de este buque entre el *Asturiano* y el Sr. Cabrera, se lo manifestó haciendo justicia al recto proceder del laborioso palmero que mandaba aquel buque. No fué este el único incidente, que con el jefe de aquella partida cubana tuvo el distinguido compatriota de quien nos ocupamos. En un viaje que por tierra hiciera a la *Teja*, al penetrar en un bosque de esos que eran tan frecuentes en la isla de Cuba, se le presentaron dos hombres armados que le sujetaron las bridas del caballo y le ordenaron que se apease. Resistió y replicó no podía hacerlo por que tenía que hallarse en aquel poblado antes del anochecer. Insistieron aquellos hombres y le contestaron que de ninguna manera podían consentir continuara sin antes apearse.

En esta enojosa discusión el toque de una pequeña corneta obligó a aquellos dos sujetos a suspender su censurable tarea. Presentóse entonces en aquellos des poblados sitios el famoso *Asturiano*, el que dirigiéndose precipitadamente a nuestro biografiado, le dijo: "Disimule Cabrera el mal rato que esta gente le ha hecho pasar—¿A donde va usted?—A la *Teja*—Pues hasta los límites del poblado irá V. escoltado—Vaya con toda tranquilidad."

¡El *Asturiano* parecía no desconocer en parte la gratitud!

VI

El orden y la moralidad reinaba a bordo de la goleta *Castilla*. Allí la disciplina observábase en absoluto. El marino tenía para continuar prestando servicios en esa embarcación que satisfacer, no sólo sus deberes profesionales, sino también los particulares.

Cierto día nos contaron que dos hermanos mallorquines ingresaron como marineros en la tripulación de ese buque. A estos dos individuos se les había muerto su padre y su madre se hallaba sin recursos en Palma de Mallorca.

Cuando ingresaron como marinos en la *Castilla*,

estos antecedentes eran desconocidos, como era desconocida igualmente su conducta poca correcta para con la desgraciada mujer que había sido su cariñosa madre.

El Sr. Cabrera Martín se propuso al enterarse de éllo regenerar a sus dos subordinados y lo consiguió. Empezó su humanitaria labor exhortándoles, haciéndoles comprender la imperiosa obligación que tenían de auxiliar constantemente con alguna cantidad a la que era su madre, de reunir aunque fuera un modesto capital con que hacer frente en el día de mañana a las necesidades de la vida y de ser, en fin, hombres útiles a la sociedad, a la familia y a Dios.

Esto dicho un día y otro, como el consejo del padre, como la advertencia del amigo y como la orden del superior dió el apetecido resultado. El primero que de ello se persuadió fué el más joven. Este rogó, por último, al Sr. Cabrera fuera el depositario de sus ahorros y el que señalara para su madre una cantidad mensual.

Esta plausible resolución la empleó, nuestro digno compatriota, como arma contundente para convencer al otro marino de que su comportamiento dejaba mucho que desear.

“Tu hermano—decíale—envía a vuestra madre una onza todos los meses. Toma, lee las cartas que ella le dirige desde Mallorca para que te enteres de su gratitud y reconocimiento, advirtiéndote, que después de cumplir este sagrado deber, aún le queda en mi poder una cantidad no despreciable.”

Al fin, la obra emprendida tan paternalmente por el Sr. Cabrera Martín, dió sus beneficiosos resultados y el otro hermano adoptó por último, igual conducta. Andando el tiempo ambos regresaban a su patria nativa con un capital de importancia y bendiciendo el nombre de aquel que les había hecho comprender cual era la verdadera misión que en la tierra tiene que desempeñar el mortal que desea que su memoria se recuerde con cariño y veneración.

Muchas y muchas anécdotas de esta naturaleza pudiéramos relatar del industrioso palmero que acaba de bajar a la tumba. Como para él era una necesidad practicar el bien, lo ejecutaba en todas formas y ocasiones, sin que por ello se creyera acreedor ni a la gratitud del uno, ni a la benevolencia cariñosa del otro. Ya lo hemos dicho; realizaba el bien por el bien mismo y esta fué su más levantada y noble misión.

VII

Corría el año de 1862 cuando las fiebres palúdicas hicieron presa en la robusta naturaleza de nuestro biografiado. Empezó a desmejorarse, no le era ya dable consagrarse constantemente al trabajo, tenía en ocasiones que abandonar a consecuencia de su enfermedad el buque que mandaba y los médicos le aconsejaron por último que regresara a Canarias.

Además, sentía ya la nostalgia del terruño. Aquí le llamaba el cariño sin límites de su anciana madre, el de sus jóvenes hermanos, las reminiscencias siempre gratas de la niñez, la patria, en una palabra, que no se olvida y cuyo recuerdo constantemente nos acompaña, lo mismo cuando la juventud nos sonríe, que cuando la vejez nos acerca a la tumba. La patria no es, como dice Dautón, la tierra que pisamos. La patria es el país donde nacimos, la Iglesia donde rezamos nuestra primera oración, el cementerio que guarda las cenizas respetadas y queridas de nuestros antepasados, la condensación de todos los ideales del ayer. Esa es la patria. Esa es la tierra adorada que siempre recordamos, que jamás se borra de nuestra memoria y que amamos más y más a medida que el tiempo pasa y de ella nos hallamos ausentes.

El Sr. Cabrera Martín regresó a la Palma en 1863. Pero su amor a Cuba lo conservó siempre. Al reseñar la vida que en aquella tierra americana hizo, referir los episodios que le sucedieron y las contrariedades que experimentó, parece que se rejuvenecía. Hablaba con

respetó y cariño de su protector, Don Nicolás Martínez Valdivieso, de su velera goleta la *Castilla*, que tenía en artístico cuadro pintado en su despacho principal y nombre que puso a su quinta predilecta, la hermosa finca que poseía en la Dehesa de la Encarnación. Todas estas narraciones repetíalas con la satisfacción que produce en nuestra alma los gratos recuerdos de la juventud y con la natural sinceridad que el inocente niño pone en sus infantiles relatos. Don Juan Cabrera Martín amó siempre la isla de Cuba, como se ama el país que nos ha proporcionado el bien y que el hombre agradecido no debe nunca olvidar. Amó a Cuba como se ama a una segunda patria.

VIII

Hasta aquí hemos considerado al Sr. Cabrera Martín como el infatigable obrero, como el hábil trabajador que reúne los materiales suficientes para levantar la obra que había concebido. Ahora vamos a verle, no como el brazo que mecánicamente ejecuta la disposición que otro le ordena, sino como la inteligencia que dirige, que piensa, que juzga y que resuelve. Y al tratar de examinar, aunque sea ligeramente, esta época de la vida del esclarecido palmero, confesamos ingenuamente, que si las anteriores nos admiran ésta a la vez nos entusiasma y sorprende, porque sólo poseyendo las aptitudes comerciales que al Sr. Cabrera Martín adornaban, se explica, que en tan limitado medio como se encontraba, batallando en ocasiones con las muchas contrariedades que en las pequeñas localidades se advierten y hasta con encubiertos enemigos que el mismo comercio proporciona, pudo salvar aquellas y vencer a estos perdonándoles siempre y no logrando con sus mezquinas intrigas torcer la dirección que en todos los momentos había seguido. La línea recta que su conciencia honrada le prescribía y su voluntad indomable le señalaba.



CASA CENTRAL

Don Juan Cabrera Martín, estableció su comercio en esta Ciudad en 1864 abriendo una tienda de ultramarinos en la casa número 57 de la calle de Santiago que él había comprado y redificado con ese objeto.

Más tarde colocó al frente de dos nuevos establecimientos a sus hermanos Don Buenaventura y Don Federico y después cuando su comercio era más extenso colocó a su otro hermano Don José en otro nuevo establecimiento y a sus hermanos políticos Don Andrés Hernández Vidal, Don José Pérez Duque y Don José Vidal Herrera en otros, que posteriormente, se establecieron en esta Capital.

Ensanchó algunos años después su comercio al ramo de tegidos con dos lujosos establecimientos dirigido por sus sobrinos, Don Eduardo Rodríguez Cabrera y su hijo Don Nicolás Cabrera Martín, y por último estableció la bien surtida ferretería que está a cargo actualmente de un cuñado, Don José Pérez Duque.

Hoy la casa comercial y bancaria de Don Juan Cabrera Martín ocupa el primer lugar entre las de Santa Cruz de la Palma. Su firma es considerada en todas las plazas mercantiles de Europa y América. Y aquel niño, obrero en Cuba, comerciante modesto después en la Palma, murió siendo jefe de esa casa, nombre que era y es el primer galardón de su distinguida familia y hasta un legítimo orgullo para su país natal.

¿No es verdad, lector benévolo, que entusiasmo y y sorprende la inmensa labor que llevara a cabo este hijo del trabajo, este hombre que jamás sintió cansancio, que nunca dejó de ocuparse de sus asuntos mercantiles y que, lo mismo en los días hermosos de la juventud, que en los monótonos de la vejez, halló suma satisfacción, placer inmenso en trabajar, en contribuir con su clara inteligencia y su reconocida pericia para que su casa continuara en auge y realizar así aquel halagador pensamiento que había sido su más querida aspiración, el ideal hermoso de toda su laboriosa vida. Al sorprenderle la muerte Don Juan Cabrera Martín era

Agente de la Compañía Trasatlántica, de los Vapores Correos de la Sociedad Navegación e Industria, de la Compañía Valenciana de Vapores Correos de Africa, de la Línea «Pérez» de Santander, de la Línea Otto Thoresen, de Yeovvard Line, de la Woermann Linie, del Horddeutsche Lloyd de Bremen, de la Hamburg Bremen-Afrika Linie, de la Empresa de Sobrinos de Herrera de la Habana y de la Compañía de Vapores Correos Interinsulares Canarios en Tazacorte y Sáuces.

IX

En corroboración de lo que anteriormente hemos dejado dicho copiamos del importante libro publicado en Madrid en el presente año y titulado «De las Cumbres de las Iberias» los siguientes párrafos de la biografía, que del Sr. Cabrera Martín, inserta:

“Señor Don Juan Cabrera Martín”

«El archipiélago canario, en general, ha sido muy poco atendido por los poderes públicos, sin otro motivo que la ignorancia en que están los gobernantes de lo que son aquellos territorios y la importancia y trascendencia que podrían alcanzar, aún con sólo que la acción tutelar del Estado se manifestara de algún modo práctico, facilitando aquellos medios y elementos que sirvieran para que las riquezas de esa privilegiada comarca se desarrollasen normalmente.

Pero en frente a esta pasividad oficial desconcertadora; levántase erguida y arrogante la iniciativa particular con arrestos vigorosos, con atientos gigantescos y decidida a probar que sabe suplir con exceso esas negligencias y olvidos y que además es lo bastante potente para triunfar, decidiendo con su éxito el de los ideales regeneradores.

Personificación de esas tendencias es el caballeroso y honorable Don Juan Cabrera Martín, símbolo de

la actividad, el amor al trabajo y honradez, dotes que ha puesto de manifiesto en ocasiones múltiples y en virtud de las que su prevalecimiento ha sido irrefragable en las diferentes empresas que ha acometido, tanto, que hoy se halla en posesión de importante fortuna, conseguida por su propio esfuerzo y como legítima recompensa a sus desvelos y virtudes.

Don Juan Cabrera Martín es uno de los hombres más populares de Santa Cruz de la Palma, y a ello tenemos que agregar que sus prestigios y significación han sido logrados en la esfera comercial y en el terreno de la industria, es decir, donde se precisan condiciones y aptitudes muy de primer orden, sin las que en manera alguna es dable hubiese podido triunfar en la forma que lo ha logrado.

En lo que se refiere a su actuación como comerciante y exportador de frutos del país; hay que indicar que Don Juan Cabrera Martín es el hombre serio, inteligente y concienzudo, que en todas sus operaciones y tráfico procura complacer a la clientela, facilitándole artículos de insuperable calidad y de toda garantía, razón ésta que viene a justificar el crédito grande de su casa y la reputación alcanzada por su firma.

Los propios conceptos encomiásticos tendríamos que aplicar a la labor que realiza como banquero, y en la que pone en evidencia su buen criterio y los grandes conocimientos suyos en materia financiera, pudiendo añadirse que su establecimiento bancario es de los justamente reputados como más serios por la exactitud con que cumple todos sus compromisos y la regularidad con que procede en las comisiones que le son confiadas.

Su crédito como banquero y su reputación comercial fueron motivo para que se le concediera a Don Juan Cabrera Martín la exclusiva en el negocio de exportación de las acreditadas frutas en conserva marca «Viuda de Cabezola y Compañía», que fueron premiadas con medalla de oro en las Exposiciones de

Santa Cruz de Tenerife y la Hispana-Francesa de Zaragoza del año 1908.

Por lo que afecta al terreno de la industria, mencionaremos que Don Juan Cabrera Martín es el propietario de la fábrica de tabacos llamada *Africana*, una negociación que se puede calificar como de modelo entre las mejores por la exquisita calidad de los productos que elabora y el esmero con que realiza todas las operaciones, de forma tal, que sus artículos son objeto de señalada predilección.

Y, por último, mencionaremos que clasificado como principal propietario es uno de los factores que en grado sumo están contribuyendo a la prosperidad y florecimiento de esa región canaria, donde puede afirmarse que su nombre evoca las mayores simpatías y afectos.

Todos estos hechos expuestos sucintamente, se ven corroborados con sólo que recordemos que Don Juan Cabrera Martín figura en esa población por conceptos tan variados como son los de exportador de almendras y cochinilla; consignatario de buques; comerciante en carbón mineral, granos y guanos; tiendas de comestibles; almacenista de curtidos, ferretería; almacenista de maderas; ventas de máquinas de coser; quincallería, almacenista de sal y comerciante en tejidos.»

X

«La actividad y genio de D. Juan Cabrera Martín—dice uno de sus muchos biógrafos en el periódico *El Monitor Ibero-Americano* se han manifestado también en el terreno industrial, como propietario de la fábrica de tabacos denominada *Africana*.»

Vida marítima, revista de navegación en su número 326 correspondiente el 20 de Enero de 1911 publicó lo siguiente:

«El Sr. Don Juan Cabrera Martín, acaudalado



Obreros de la Fábrica

comerciante con inteligencia y tenacidad sin igual, después de implantar esa industria en el suelo canario, fundando la fábrica titulada *Africana*, aprovechando sus numerosas relaciones mundiales y disponiendo de un capital importante, ha llegado en poco tiempo a conquistar mercados hasta ahora rebeldes a la industración del tabaco elaborado de esta isla; poniende en juego sus importantes relaciones en la América del Sur, en Inglaterra, Alemania, Bélgica y en todos los puertos importantes de la costa de Africa.

A pesar de estar produciendo en estos últimos meses más de 100.000 tabacos, representando una labor de 4.200.000 anuales cuyo valor no baja de 150.000 pesetas empleando 80 obreros y pagando el tabaco capa hasta 400 pesetas el quintal, y en rama hasta 125, precios a la altura de los pagados en Cuba en tiempos normales, no puede darse abasto a la gran demanda, que seguramente se elevará al triple, en el año próximo, para lo que dispone de un amplio edificio en el centro de esta población y de todos los demás elementos necesarios a este objeto; pudiendo asegurarse que para el año próximo, *Africana* rendirá una producción de 4 millones de tabacos elaborados en diferentes vitolas, cuyo importe no bajará de 500.000 pesetas, sin contar con la gran cantidad de picadura y cigarrillos en estuches que aumentan cada día...

A cuatro grandes certámenes de la industria ha concurrido «*Africana*» y en los cuatro ha logrado merecer la alta atención y significación de los Jurados calificadores, demostrando así la razón y justicia con que los fumadores agotan la existencia de tan importante fábrica de tabacos, cigarrillos y picadura.

En la Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza, de 1908, obtuvo Medalla de Oro; en el Concurso de la Cámara Agrícola de Santa Cruz de Tenerife, en 1900, un primer premio; en la Universal de Bruselas, «Men-

ción Honorífica, y en la indicada Nacional de Valencia, con Medalla de Oro.»

Mucho más podríamos añadir a este capítulo, pero nuestro objeto no ha sido sino escribir un bosquejo biográfico del Sr. Cabrera Martín; otras plumas, más autorizadas, que afectúen la escritura de su completa biografía. El hombre lo merece por los hechos que durante su larga vida generosamente llevó a cabo.

XI

Don Juan Cabrera Martín se casó con la señora Doña Rafaela Martín Cabrera el año de 1863 de este matrimonio nacieron los siguientes hijos:

El primero, o séase D. José A. Cabrera Martín, ha estado desde hace muchos años compartiendo con su respetable padre la dirección de la casa, y por encargo del mismo ha llevado a efecto por Europa, América y Africa diferentes viajes comerciales siempre con afortunado éxito para sus gestiones financieras. Este, en unión de sus Sres. hermanos Don Juan y Don Nicolás, continuarán, por prescripción testamentaria de su fundador, la dirección de la casa, la que seguirá sus negocios comerciales en la misma forma y manera que hasta aquí.

XII

Lo que hizo Don Juan Cabrera Martín como hijo, lo que ha hecho como hermano, lo que fué para éstos y el papel que con su madre representó, lo dice, más elocuentemente que las palabras, la imparcial lectura de lo que anteriormente queda escrito y lo resume con toda sinceridad la frase que a uno de su familia oímos decir el día de su muerte: *Fué el padre de todos nosotros.*

XIII

Para apreciar la labor humanitaria de Don Juan

Cabrera Martín, sería necesario escribir muchas páginas. Esta obra beneficiosa no se sabe en totalidad. Después de su muerte algunos de los socorridos han manifestado lo hecho por aquel generoso corazón, por aquel hombre, que nunca desatendía la súplica de la miseria honrada, y siempre en él encontraba amparo la vejez desvalida y la inocencia indigente.

Eran muchas las familias de pobres obreros que diariamente socorría Don Juan Cabrera Martín. Por la noche, por su orden, un dependiente suyo llevaba a algunas de esas casas la limosna que éste generosamente les enviaba. Todo esto y más mucho más, que no debemos mencionar por razones fáciles de comprender, ejecutaba nuestro biografiado.

Y el que esto hace, y el que esto ejecuta, y el que lleva a efecto tan humanitaria obra, sin ruido, sin jactancia, conforme a las sacrosantas máximas del Evangelio es digno, es acreedor, merece que su memoria no muera para que ella ilumine el camino que los hombres deben seguir para merecer la gratitud de sus semejantes y la bendición de Dios.

XIV

El día 8 de Junio de 1916 Don Juan Cabrera Martín salió de su casa, como de costumbre, a dar su ordinario paseo.

En las inmediaciones del muelle de esta Ciudad encontré indispuerto y regresando a su casa falleció pocos momentos después.

¡Paz a sus restos. Honor a su memoria!

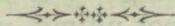
PALMA, JULIO DE 1916.



EPÍLOGO

Como complemento de este modestísimo trabajo transcribimos a continuación lo que la prensa local de todas las ideas políticas publicó con motivo de la muerte del nunca bien llorado D. Juan Cabrera Martín:

DON JUAN CABRERA MARTIN



Dolorosamente sorprendidos, no podemos dar adecuada expresión a nuestro pésame, que quisiéramos fuese fielmente interpretado: sentido y sincero ha sido el duelo general de Santa Cruz de la Palma por la muerte del venerable anciano y ejemplar ciudadano Don Juan Cabrera Martín. En esta casa, donde tantos afectos y recuerdos suyos se guardan, repercute ese sentimiento general con mayor intensidad, y DIARIO DE AVISOS, aunque no fuera, como lo es hoy, por reflejar el eco popular, vestiría de luto, por impulso propio.

Todo está justificado tratándose de quien supo unir a una vida laboriosa, de acrisolada honradez, talentos y luces, poco comunes, sin perjuicio de no olvidar las bondades del sentimiento y ser caritativo para los pobres y menesterosos, haciendo la limosna, que iba a enjugar lágrimas, con reparos a lo económico, y llevando consuelo a las almas, en una oculta busca de las necesidades, que hermanaba el secreto preconizado por la virtud cristiana, con la fraternidad que tanto conforta a los espíritus sin otro amparo que los de la Caridad.

No tenemos datos precisos para trazar una nota

biográfica de D. Juan Cabrera Martín, pero bien podemos repetir lo que ya en una ocasión se dijo con referencia a su vida y a su actuación en los diversos órdenes de la vida palmera.

Realmente D. Juan Cabrera representaba eso, de que él con tanta razón se enorgullecía: *el triunfo del hombre de acción.*

De origen modesto, y sin patrimonio económico familiar, con la sola herencia de un apellido humilde, supo labrarse al solo conjuro de esos factores y su trabajo, su hoy cuantioso capital.

En caracteres de la naturaleza del suyo, tienen que ser como en él eran, primordiales, eficacísimas bases, la pericia y el ahorro primero; la habilidad y un tacto comercial excepcional luego; y el arriesgarse a tiempo, con suma prudencia por último, virtudes, que llevaron a feliz término en todas ocasiones, la dirección de su conducta, siempre orientada en típica auto-educación de la propia conciencia, a la par que bien dispuesta y condescendiente para las vidas ajenas, recta y escrupulosa para la propia; demostración evidente de que no excluyen el comercio y otras manifestaciones de los intereses materiales, las mejores disposiciones de índole moral, cuando nunca se han tenido en olvido las máximas de la doctrina cristiana.

En la Provincia toda, y en el comercio peninsular la casa de Cabrera, unía a su nombre y a su prestigio, el de la figura simpática de su jefe, que con ahinco y perseverancia, la creó, haciendo que algunas industrias palmeras adquiriesen mayor campo.

En esta Isla, al frente de los negocios más importantes, cuidaba aún Don Juan Cabrera, en sus últimos días, de muchos asuntos, y resolvía con hondo sentido de realidad, aquellas operaciones que significasen innovación o cambio en los métodos, que hasta ahora le habían servido para elevarse a la envidiable altura comercial a que se encontraba él y se encuentra hoy su Casa.

Alejado voluntariamente de la política partidista, sin estímulos de amor propio (que el suyo sólo se satisfacía con su trabajo) no tenía su actividad ese escollo en que otros comerciantes habían naufragado; y sólo por deber patriótico, en casos excepcionales, puso su apoyo valioso y decisiva influencia al lado de prestigiosos e inteligentes hijos del país que entendió debieran representarle y gobernarle.

Sin embargo de eso, el Sr. Cabrera Martín, interesado grandemente por la riqueza de la Palma, y por el desarrollo de sus intereses generales: industriales, agrícolas, comerciales y marítimos, no sólo con sus esfuerzos privados, contribuyó a su fomento y mejora sino que recabó en muchos casos el apoyo de los hombres públicos y de los más eminentes patricios para ello, como lo demostró cuando fué necesario.

Afable y cariñoso, en el trato social; modesto hasta la exageración; contribuyente oficial, pudiera decirse, de cuantas suscripciones, iniciativas y fiestas se hacían, Don Juan Cabrera deja una aureola de popularidad y simpatía duradera y extensísima.

Su fallecimiento ocurrido en la mañana de hoy, ha congregado en su domicilio muchos amigos del finado y familiares. Ha sido repentina la muerte; y al saberse la noticia el comercio en general cerró sus puertas en señal de duelo.

Miles de personas han desfilado por el domicilio del Sr. Cabrera Martín, para expresar su pésame por el triste acontecimiento.

El entierro tendrá lugar mañana por la tarde.

Nuestro más sentido pésame a su distinguida familia y en particular a sus señores hijos, nuestros apreciables amigos Don José, Don Juan y Don Nicolás Cabrera Martín, sus hijos políticos también amigos, nuestros, D. Pedro Cuevas Pinto, Don Manuel Fernández de la Cruz y sus nietos Don Juan, Don José, Don

Manuel y Don Rafael Cabrera González, igualmente amigos nuestros.

Q. G. H. el alma del finado, por la que elevamos una oración.

Entierro de Don Juan Cabrera

Fué una verdadera y sentidísima manifestación de duelo público la que llevó a efecto ayer el pueblo de la Palma, con motivo del entierro de Don Juan Cabrera Martín, de cuyo fallecimiento dimos oportunadamente cuenta.

Ya dijimos entonces, que el comercio se asoció al pésame, con cierre el día de la muerte, y ayer por la tarde; presentando la población el aspecto de los días festivos, por la falta de tránsito; y poseída como de una tristeza, reflejo de la unánime opinión de cuantos conocieron al ejemplar y meritísimo ciudadano, cuya pérdida lamentamos.

Por la mañana se dijo la misa de difuntos en el domicilio del fallecido; y por la tarde se celebraron solemnemente las honras fúnebres en la Parroquia Matriz del Salvador con asistencia de los familiares y autoridades, concurriendo también numerosos amigos.

El cortejo fúnebre, era interminable. Vinieron de todos los pueblos de la Isla, personas de significación para asistir al entierro, particularmente de Los Llanos y Mazo. No mencionamos especialmente a nadie para no caer en involuntarios olvidos.

Presidía el duelo, además de la familia, el Sr. Delegado del Gobierno de S. M., Excmo. Sr. General Gobernador, Alcalde de esta Ciudad, Ayudante de Marina, Subdelegado de Medicina y otras autoridades, y los señores de Sotomayor, Cosmelli y otros. Formaban otras cabeceras, comisiones del partido liberal al que pertenecía el finado, el «Urceolo Obrero» y todos los dependientes de la casa de Cabrera Martín, etc. El féretro, fué continuamente relevado en su carga por distintas

personas. Llevaba numerosas y artísticas coronas.

Los que presenciaron el paso de la fúnebre comitiva, gente humilde en su mayoría, asociábanse también a la pública e imponente manifestación de condolencia.

En el Cementerio se despidió el duelo.

Q. E. P. D. el alma del finado.

Después de lo dicho, rápido relato de lo que en verdad fué el entierro de Don Juan Cabrera, reiterando lo que antier escribimos, queremos hacer notar, como los pueblos, a veces olvidadisos para con sus buenos hijos, les rinden en la hora de la muerte merecido tributo a sus virtudes.

Es consolador, la observación de que, por un momento al menos, la paz del sepulcro ponga sordina a los odios, que levantan la vida, y su lucha constante, y cuando se encrespan las pasiones deteniéndose, callen silenciosas la ruindad humana y la envidiosa pugna por el ser más, para dar paso a la justicia, que en casos como en este, es un deber de conciencia, hacer público para completa reparación.

Honrar a un hombre, que simbolizaba el triunfo del trabajo, es honrar a la democracia de las clases trabajadoras; enseñarles hasta donde se puede llegar por el propio esfuerzo; denunciar los actos caritativos de quien supo dar la limosna en secreto, es llamar con recio aldabonazo, a las puertas de los tacaños y egoístas para que se acuerden del pobre y necesitado; ungir con el bálsamo del recuerdo la memoria bondadosa de un carácter noble y un corazón amigo, es pagar en equidad, las confianzas y las solicitudes a quien los prodigó en vida, que para los muertos en gracia de Dios, solo eso puede dárseles acá, en la tierra: gratas ausencias, juicios justos, lágrimas y oraciones.

(Del *Diario de Avisos*, periódico independiente.)

FALLECIMIENTO

Don Juan Cabrera Martín falleció el día 8 de los corrientes a las diez y media de la mañana.

El respetable anciano, que tan inopinadamente arrebatara la muerte, deja un puesto en la sociedad palmera difícil de llenar. Con él no solo desaparece un hombre de excepcionales condiciones para el comercio, sino lo que es más doloroso para el pobre, un filántropo que se desvivía por ejecutar el bien, por prodigar el consuelo, por llevar el socorro allí donde era necesario y donde la desgracia había desesperadamente penetrado.

El Sr. Cabrera Martín ejercía el bien por el bien mismo. Jamás se le vió hacer alarde de las innumerables caridades que diariamente llevaba a cabo y siempre su acrisolada bondad, su increíble modestia encontraba una disculpa, un algo que no diese a comprender a nadie las obras caritativas que ejecutaba.

Honrado, laborioso, trabajador supo desde su niñez labrarse un porvenir en América, donde su padre se hallaba, y ser después de muerto éste, el sostén de su querida madre y de sus pequeños hermanos. La lisonja no encontraba en él eco, la adulación no le agradaba y rehuía siempre y en todas ocasiones los puestos sobresalientes que por su posición social pudo más de una vez ocupar.

Jefe de la primera casa comercial y bancaria de nuestra isla, establecida en 1864, con un nombre respetable dentro y fuera de la misma, conservó constantemente la misma modestia, igual afabilidad que tuviera en su juventud, cuando la fortuna empezaba a sonreírle y él a demostrar sus aptitudes comerciales.

Las simpatías del nunca bien llorado, Don Juan Cabrera Martín, pusiéronse de manifiesto desde que la noticia de su muerte fué confirmada. Centenares de personas acudieron a su casa habitación deseosas de tomar parte en el duelo y de hacer presente a sus se-

ñores hijos la expresión sincera de sus sentimientos.

Su entierro fué una verdadera manifestación de duelo. De la mayor parte de los pueblos de la isla acudieron significadas personas con el exclusivo objeto de asistir a los funerales que tuvieron lugar el día 9.

D. E. P. el probo comerciante, el patricio distinguido y el que nunca olvidó sus deberes de cristiano practicando el bien como el Divino Maestro aconsejaba y como los sentimientos nobles prescriben.

A sus hijos, nuestros queridos amigos Don José, Don Juan, Don Nicolás Cabrera Martín, a sus hijos políticos Don Pedro Cuevas Pinto y Don Manuel Fernández de la Cruz y a sus nietos Don Juan, Don José, Don Manuel y Don Rafael Cabrera González también amigos nuestros le enviamos nuestro sentido pésame.

(De *Isla de la Palma*, periódico conservador.)

DON JUAN CABRERA MARTIN

Ha fallecido.

El rico comerciante, que por su honradez y laboriosidad, logró ocupar el puesto preeminente en el comercio palmero, y uno de los más envidiables en el provincial; el filántropo insigne que siempre tenía su bolsillo abierto para enjugar las lágrimas del desgraciado y el hambre del menesteroso, ha muerto ayer, repentinamente, a las diez y media de la mañana.

Nada hacía preveer el fin del distinguido ciudadano y esclarecido patricio. Como diariamente hacía, salió a dar el acostumbrado paseo y en él se encontró algo indispuerto, regresando a la casa y muriendo a los pocos instantes sin que de nada le sirvieran, ni los enérgicos auxilios que la ciencia le prestó, ni los muchos cuidados que sus cariñosos hijos se apresuraron a prodigarle.

En nuestra isla deja el señor Cabrera Martín un

puesto muy difícil de llenar. Su reconocida probidad, las no comunes dotes que para el comercio poseía, su amor al trabajo y su consecuencia no desmentida jamás, eran condiciones que le habían granjeado el respeto y consideración, de todos sus compatriotas sin distinciones de ideas ni de clases.

El unánime sentimiento, que la muerte del señor Cabrera Martín, ha ocasionado, se ha puesto de manifiesto de una manera innegable tan pronto la noticia circuló. El comercio de nuestra principal calle y muchos de los barrios ha cerrado sus puertas. Por la casa mortuoria ha desfilado, puede decirse, toda la población y de los pueblos se han recibido multitud de telegramas asociándose al duelo de la distinguida familia por la dolorosa pérdida que acaban de experimentar.

A las cuatro de la tarde del día de hoy tendrá lugar la conducción del cadáver desde la casa mortuoria al Camposanto de esta ciudad.

D. E. P. el distinguido patricio y reciba su respetable familia el sentido pésame que le envía la Redacción de *EL NUDO* por tan sensible desgracia y en particular sus señores hijos, nuestros apreciables amigos Don José, Don Juan y Don Nicolás Cabrera Martín y sus hijos políticos también amigos nuestros, Don Pedro Cuevas Pinto y Don Manuel Fernández de la Cruz y sus nietos Don Juan, Don José, Don Manuel y Don Rafael Cabrera González, igualmente amigos nuestros.

La memoria de Don Juan Cabrera Martín perdurará siempre en esta casa.

El entierro de Don Juan Cabrera Martín

El día 9 de los corrientes tuvo lugar la conducción del cadáver de nuestro respetable y querido amigo Don Juan Cabrera Martín, al cementerio católico de esta población, después de las solemnes honras fúnebres

celebradas en la Parroquia Matriz del Salvador, en estruendo del alma del finado.

El cortejo fúnebre partió de la casa mortuoria a las cinco de la tarde, formando en la cabecera del duelo, con los familiares, el Sr. Delegado del Gobierno de S. M., el Excmo. Sr. General Gobernador Militar, el señor Alcalde de esta ciudad, el Sr. Ayudante Militar de Marina, el Sr. Subdelegado de Medicina y otras autoridades y personas de significación. Formaron cabecera aparte, comisiones del Partido liberal a que el finado pertenecía, de la Sociedad *Urccolo Obrero* y el personal de las oficinas y de las distintas dependencias de la casa comercial del Sr. Cabrera Martín.

El féretro, sencillo y modesto por disposición expresa del ilustre muerto, no ostentaba coronas, pero numerosísimas y valiosas, en su mayoría de flores naturales, con expresivas y cariñosas dedicatorias, fueron llevadas a mano para depositarlas luego sobre la tumba que guardará eternamente sus queridas cenizas.

El cadáver de Don Juan Cabrera Martín, de aquel hombre modesto y bueno, de amplio espíritu democrático, que amó al pueblo con amor espontáneo, que fué amigo de todos los humildes y acudía solícito y silencioso a remediar las miserias de los heredados de la fortuna, fué llevado a hombros por los hijos del pueblo, que rodeándole en una masa compacta, se disputaban el honor de cargarle. Y caso curioso, confundidos con los hombres, se veían multitud de niños, que de seguro querían rendir un tributo de gratitud al anciano venerable que todos los días se acercaba a ellos en las calles y paseos públicos para repartirles caramelos y fraternales consejos.

El entierro de tan meritorio ciudadano, que supo elevarse por el esfuerzo de su trabajo y de su voluntad desde la esfera más modesta hasta la alta posición que ocupaba al morir, fué una imponente y sentida manifestación de duelo público, a la que se sumaron todas las clases sociales, porque Don Juan Cabrera Martín

no deja odios tras de sí, sino una amplia estela de simpatía y cariños.

Descanse en paz el llorado amigo, el demócrata consecuente.

(De *El Nudo*, periódico liberal.)

NECROLOGICA

En la mañana de ayer falleció en esta ciudad el respetable conciudadano y acreditado comerciante de esta plaza Don Juan Cabrera Martín, distinguido amigo nuestro.

Todavía con bastante vigor físico y en plena normalidad de sus facultades intelectuales, cuando nada podía hacer temer su próximo fin, salió el señor Cabrera Martín a su acostumbrado paseo de la mañana, y sintiéndose indispuerto, regresó con paso algo apresurado a su domicilio, donde fué atendido facultativamente, sobreviniéndole al poco rato un derrame cerebral que instantáneamente le arrebató la vida.

Hombre de clara inteligencia, de voluntad fuerte y de gran laboriosidad, dedicó desde joven sus actividades al comercio, en el que ocupaba un puesto prominente, logrando tras asiduo y persistente trabajo fundar y sostener con creciente desarrollo una de las más importantes casas comerciales de la Provincia; teniendo firme y sólido crédito tanto en España como en el Extranjero.

Dedicado también al negocio de exportación de frutos del país, contribuyó mucho el Sr. Cabrera Martín al fomento de la agricultura palmera que ha ido prosperando a medida que la exportación ha ido extendiendo su esfera.

De carácter comunicativo y afable, conservando su habitual modestia a pesar de la brillante posición que en el comercio alcanzó, y caritativo en extremo, disfrutaba el finado de general aprecio y consideración y del

cariño y la gratitud de la clase menesterosa, a la que socorrió, bondadoso, con largueza.

Con el señor Cabrera Martín desaparece una figura de gran relieve en el comercio canario y un ciudadano merítísimo, que se creó, por el solo esfuerzo de su voluntad y su trabajo, una distinguida posición social; adquiriendo crédito y fortuna merced también a sus felices disposiciones para la acertada dirección de los negocios a que consagró su vida.

A su entierro, además de los familiares, invitaron los empleados de los distintos departamentos de su casa comercial y la sociedad «Urceolo Obrero» de la cual era socio protector.

La muerte de tan distinguido conciudadano ha sido muy sentida; el comercio ha cerrado sus puertas en señal de duelo y por la casa mortuoria han pasado muchísimas personas a expresar su pésame a los familiares.

En la tarde de hoy ha tenido lugar el entierro del cadáver del señor Cabrera Martín, constituyendo el acto una muy expresiva manifestación de sentimiento público, a la cual asistió una numerosísima concurrencia compuesta de todas las clases sociales, y muchas personas de los pueblos de la isla; figurando en el duelo además de los deudos, las Autoridades, comisiones de sociedades y amigos del finado.

Por tan sensible desgracia enviamos nuestro sincero pésame a la distinguida familia del finado y en particular a sus hijos Don José A., Don Juan y Don Nicolás Cabrera Martín, a sus hijos políticos Don Pedro Cuevas Pinto y Don Manuel Fernández de la Cruz y a sus nietos Don Juan, Don José, Don Manuel y Don Rafael Cabrera Gorzález, todos muy estimados amigos nuestros.

(De *Diario de la Palma*, periódico independiente.)

Don Juan Cabrera Martín

En la mañana del día 8 de los corrientes dejó de

existir en Santa Cruz de la Palma; casi repentinamente, el rico comerciante y acaudalado banquero cuyo nombre sirve de epígrafe a las presentes líneas; hijo de aquella Ciudad Capital, que disfrutaba en la misma y en toda la Isla de generales y merecidas simpatías, por su carácter bondadoso, por su inagotable caridad; por la probidad con que ha procedido siempre y por la constancia que en todas sus empresas comerciales e industriales ha demostrado.

Dotado aún de bastante vigor físico y en plena normalidad todas sus facultades intelectuales, sin que nada hiciese temer el próximo fin que le aguardaba, salió el Sr. Cabrera Martín el citado día 8 a su acostumbrado paseo de la mañana, y sintiéndose indispuerto, regresó con paso algo apresurado a su casa habitación, donde fué atendido facultativamente, sobreviniéndole a los breves momentos un derrame cerebral que le privó de la vida instantáneamente.

El Sr. Cabrera Martín, hombre de clara inteligencia, de voluntad fuerte y de gran laboriosidad, desde joven dedicó sus actividades al comercio, en el que ocupaba un puesto prominente, logrando tras asiduo y persistente trabajo fundar y sostener con creciente desarrollo una de las casas comerciales más importantes de la Provincia, que disfruta de firme y sólido crédito tanto en España como en el Extranjero.

Medio siglo llevaba el Sr. Cabrera Martín en el ejercicio del comercio y durante tan largo periodo de constante batallar, hizo por esta tierra que tanto quería, llevando a lejanos países sus productos agrícolas, algunos de ellos transformados por la industria, importando otros necesarios para nuestra vida, más, mucho más que esa cáfila de políticos sin orientación y sin escrúpulos, que logran fácilmente honores que solo corresponden a los hombres que trabajan y luchan por engrandecerse y engrandecer al pueblo en que viven.

De carácter afable y comunicativo, conservando su habitual modestia a pesar de la brillante posición

que en el comercio alcanzó y caritativo en extremo, disfrutaba el Sr. Cabrera Martín de general aprecio y consideración y del cariño y la gratitud de la clase menesterosa, a la que socorrió, bondadoso, con largueza, haciéndolo hasta el mismo día de su muerte.

Con la desaparición del Sr. Cabrera Martín pierde la Palma una figura de gran relieve en el comercio canario y un ciudadano meritísimo, que por el solo esfuerzo de su voluntad y su trabajo, se creó una distinguida posición social, adquiriendo crédito y fortuna merced a las felices disposiciones que para la acertada dirección de los negocios a que consagró su vida poseía.

El comercio de las principales calles de Santa Cruz de la Palma y muchos de los barrios cerraron sus puertas en señal de duelo público y por la casa mortuoria desfilaron, puede decirse, que la mayoría de aquella población, así como de los pueblos concurrieron muchísimas personas y se enviaron infinidad de telegramas asociándose al sentimiento general.

A su entierro, verificado en la tarde del siguiente día 9, invitaron por medio de esquelas, además de los distintos departamentos de su casa comercial y bancaria la Sociedad *Urccolo Obrero*, de la que era socio protector y fué un asiduo benefactor.

Dicho acto constituyó una imponente y expresiva manifestación de sentimiento público, a la que se asoció una numerosa concurrencia compuesta de todas las clases sociales y muchísimas personas de los pueblos de la Isla; figurando en el duelo las Autoridades de los distintos órdenes, Presidentes de Centros, Comisiones de Sociedades y amigos del finado.

Reciba su apreciable familia la expresión del pésame más sentido y en especial sus hijos D. José A., D. Juan y D. Nicolás Cabrera Martín e hijos políticos D. Pedro Cuevas Pinto y D. Manuel Fernández de la Cruz, todos estimados amigos particulares nuestros y asiduo subscriptor a este periódico el último.

El que hacemos también extensivo a sus nietos

D. Juan, D. José, D. Manuel y D. Rafael Cabrera Gonzalez, hermano político D. José Pérez Duque y sobrinos, igualmente particulares amigos nuestros.

¡Y que Dios haya acogido en su seno el alma del respetable y venerable anciano, a quien llorará eternamente la clase menesterosa!

(De *La Antorcha del Obrero*, periódico de intereses generales e información, de la Villa de Breña-alta.)

